

do á la felicidad, como á un fin sobrenatural, y por esto es indispensable que la luz del cielo alumbre sus sendas, y le haga comprender y penetrar la verdad de ese mismo órden. Y esta luz que alumbra el alma, que descende de los tesoros del Espíritu Santo, es el don de entendimiento, que nos indica cierta excelencia en la manera de conocer y penetrar los divinos arcanos, lo cual no puede hacerse sino por el Espíritu Santo que escudriña las profundidades de Dios. (1)

El don de entendimiento es necesario para conocer las profundidades que se refieren á la salud eterna y que se nos presentan cubiertas con un velo que no alcanza á rasgar nuestra sola inteligencia; mas lo consigue este don del Espíritu celestial. Él es, el que en nosotros descubre la imágen de Dios: nos detiene en nuestro propio conocimiento, y nos inspira conservar sin mancha esa imágen de la Divina Trinidad que llevamos en nosotros.

El don de entendimiento nos hace penetrar los velos de las sagradas escrituras, llevándonos hasta la hermosa contemplacion de la pura verdad. Hállabase ésta como escondida á nuestras miradas; así lo manifiesta la oscuridad de los profetas, la multitud de figuras que se presentan en la antigua ley, y la diversidad de sus disposiciones. Mas viene el Espíritu de Dios y nos alumbra con el precioso don de entendimiento, y la luz brilla en las tinieblas, y el alma, tocada suavemente con la divina inspiracion, va entrando en las regiones que David llamaba potencias del Señor. Y sucede á veces que el don de entendimiento lleve tan a-

(1) D. Bonav. hic. c. 2.

delante nuestras almas, que lo que entónces se nos dice, no podemos revelarlo, pues las palabras que hemos escuchado, no tienen imágen ni la menor semejanza, en las cosas corporales: solamente las entiende quien las oye. Una vez las oyó San Pablo, y sin embargo de ser el Doctor de las naciones, no les enseñó las maravillas que contemplara su espíritu en el cielo.

El Espíritu Santo por el don de entendimiento, hace que penetremos los velos de la verdad encarnada, poniendo delante de nosotros todas las debilidades y defectos que Jesus tomó por nuestro amor, en la naturaleza humana, nos dice el Serafin de los doctores, debilidades, como el hambre, la sed, la mortalidad. Y penetramos tambien por ese mismo don, los velos de la verdad increada, pues el Divino Maestro nos ha dicho, que el Espíritu Santo, nos enseñará toda verdad; Espíritu de verdad porque procede de ella, y que la enseña toda, porque nos manifiesta al Hijo de Dios en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios.

En cuanto á las verdades relativas á la Encarnacion, estas son de conocimiento, de operacion y de amor. Por las primeras el don de entendimiento nos descubre hermosa y soberanamente, que es ciertísima la fe de Jesucristo y su doctrina celestial. Las de operacion nos enseñan con cuánta perfeccion ha realizado Jesucristo todas sus obras. Y por último, las verdades del amor del mismo Hijo de Dios, nos patentizan su inmensa é incomparable caridad.

Mas como el Espíritu Santo procede, continúa San Buenaventura, del Padre y del Hijo, nos descubre á Uno y Otro, por el don de entendimiento, elevando de la tierra nuestras almas, purificando é inflamando nuestro amor, y haciéndonos tener y buscar en nosotros al Eterno.

Así es que aún desde esta vida por el don de entendimiento, se empiezan á cumplir, si bien muy imperfectamente, en nuestras almas, las hermosas palabras del Rey Profeta: Quedarán tus hijos embriagados con la abundancia de tu casa, y les harás beber en el torrente de tus delicias, porque en Ti está la fuente de la vida; y en tu luz veremos la luz. [1]

Don de sabiduría. El más precioso y excelente de todos los dones del Espíritu Santo, en que reunidos brillan la luz y la belleza, y todos los encantos de los otros dones, es el de sabiduría que el Divino Espíritu derrama en nuestras almas para conocer á Dios y amarle, gustando santamente su dulzura. [2]

El bellissimo don de la sabiduría nos es indispensable para amar á Dios con la perfeccion que es posible hacerlo en esta vida, y poder continuar alegres y esforzados, en el camino de la virtud. Así como el cuerpo tiene sus sentidos, dice San Bernardo, sentidos por los que, durante la vida se une al alma, así también, ésta tiene los suyos, los que, mediante la caridad, la unen con Dios. Por los sentidos del cuerpo envejecemos y nos conformamos á este siglo; por los del alma somos renovados en el conocimiento de Dios, en la novedad de la vida segun el beneplácito de Dios. Hé aquí por qué

(1) Ps. XXXV, 9, 10. (2) D. Bonav. hic. c. 1.

decia el Apóstol: No queráis conformarnos con este siglo, ántes bien trasformaos con la renovacion de vuestro espíritu, á fin de acertar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta. (1)

Y como los sentidos corporales sin el sentido del gusto se debilitan y entorpecen en sus operaciones, de la misma suerte los del alma sufren en las suyas sin el gusto de la sabiduría; gusto perdido en el paraíso, donde el hombre dejó de sentirlo, quedando sustituido, ese gusto divino, con el amargo y fatal de la concupiscencia; quedando desde entónces inclinado á toda suerte de delitos. Pero entra en el alma la sabiduría de Dios, y el sentido de la carne se debilita, y lo vemos con desprecio; se purifica el entendimiento y sana nuestro gusto, y ya el bien es para nosotros de una exquisita dulzura; y gustamos, y vemos, segun la exprecion de David, cuán suave es el Señor, y la sabiduría del cielo, nos parece más dulce que la miel; y una vez regenerado el gusto, los demas sentidos del alma se llenan de vida y losanía: la vista contempla al Señor con santo y amoroso arrobamiento; el oído escucha sus palabras con dulzura; el olfato siente la suavísima fragancia del Divino Amante; y el tacto, en fin, lo estrecha en sus brazos. (2)

Todo esto lo hallamos en los libros santos: En la sabiduría tiene su morada el espíritu de inteligencia, santo, único, multiforme, sutil, elocuente,..... suave, perspicaz, que lo puede todo y todo lo prevé. (3)—Feliz el hombre que me escucha, nos dice la Sabiduría Divina. Quien me hallare hallará la vida, y alcanzará del Señor

(1) Rom. XII, 2. (2) D. Bernad. D. Amore. Dei. c. 12, 14. et. 19. In. Cant. Serm. 80. (3) Sap. VII. 22. 23.

la salvacion. (1)— En las plazas semejante al cinamomo y al bálsamo aromático, despedí fragancia. Cual mirra escogida exhalé suave olor; y llené mi habitacion de odoríferos perfumes. [2] — La sabiduría, en fin, es el árbol de la vida para los que echaren mano de ella; y bienaventurado el que la tiene asida. (3)

Esta sabiduría que desciende de los cielos, está llena de pudor, es pacífica, modesta, dócil, concorde con todo lo bueno, llena de misericordia y de excelentes frutos de buenas obras, no juzga, y está agena de hipocrecia. [4]

Así es que el don de la divina sabiduría, nos dice el Seráfico Doctor, no solo enseña á contemplar las cosas celestiales segun su verdadero y rectísimo juicio; si que tambien ordena y dirige los actos humanos con modo más excelente que la sabiduría que es virtud intelectual; pues la primera recibe su luz de más pura y elevada fuente, es la contemplacion de la verdad que pone en paz á todo el hombre, y lleva en sí la semejanza de Dios; más preciosa que todas las riquezas y no pueden parangonarse con ella las cosas de mayor estima: trae en su derecha la larga vida, y en su izquierda las riquezas y la gloria. Sus caminos son caminos deliciosos, y llenas de paz todas sus sendas; [5] y la segunda no es tan excelente.

¿Qué harémos para encontrar y obtener tan estimable y valioso tesoro? Debemos buscarlo, y pedirlo al Señor; con lo primero hallarémos el tesoro; con lo segundo llegamos á poseerlo: el conocimiento encuentra la sabiduría; el amor la posee, la abraza y gusta su san-

(1) Prov. VIII. 34. 35. (2) Ecci. XXIV. 20, 21. (3) Prov. III. 18. (4) Jacob. III. 17. (5) Prov. III. 15. 17

tísima dulzura. [1] Si buscamos la sabiduría con el ardor con que se buscan las riquezas, y la desenterramos como se hace con un tesoro, aprenderémos el conocimiento y el temor de Dios; pues Él es quien da la sabiduría, y de su boca sale la discrecion y la ciencia. (2) Quien busca un tesoro arroja la tierra y va profundizando el hoyo donde piensa hallarlo, y no descansa hasta que lo ha encontrado. [3] ¿Buscamos el tesoro de la divina sabiduría? pues arrojémos todo el peso terreno que nos inclina al mundo, y la carne; ahondémos más y más con la humildad, en el abismo de nuestra miseria, sin descansar hasta adquirir aquél tesoro: Que por lo demas la sabiduría nos tiene dicho que se deja fácilmente ver de las que la aman, y hallar de los que la buscan. [4]

Mas ¿en qué podrémos conocer que la hemos encontrado? ¿Llorais vuestros pecados, nos dice San Bernardo, despreciais los deseos de este siglo, suspirando por la patria del cielo? ¿lo del mundo es amargo y odioso á vuestra alma; gustais la dulzura que os hace juzgar que sólo es amable el Señor? pues tened confianza en su inmensa bondad; y con todo seguid pidiendo la sabiduría. Si alguno de vosotros necesita la sabiduría, pídasela á Dios, que á todos da copiosamente; y le será concedida; mas pídale con fe, sin sombra de duda. [4] Ved, pues, volvemos á decir, de qué manera tenemos que pedir la sabiduría. La necesitamos? presentémos, por esto, delante del Señor nuestra indigencia. Confiémos alcanzar lo que pedimos, porque Dios es bondadoso. Una y otra vez volvamos á pedir, no

(1) D. Bonav. c. 3. cit. (2) Prov. II. 5, 6. (3) Hieronim. ap. D. Bonav. cit. (4) Sap. VI. 6. (5) Jac. I. 5. 6.

admitiendo ninguna duda en este punto; y así la alcanzaremos.

Volved vuestros ojos á los cielos y contemplad al Espíritu Divino, sol resplandeciente que ilumina todas las cosas; llenando de magnificencia sus propias obras. (1) ¿No sentís abrasada el alma con los vivos rayos de su ardiente luz? Rayos divinos que al descubrirnos su tremenda y adorable majestad, nos llenan de temor y nos humillan; mas al mismo tiempo nos recuerdan que ese Dios soberano es Nuestro Padre; y lanzamos hácia Él, los mas puros afectos del alma, exclamando llenos de confianza una y otra vez: Padre mio, Padre mio. ¡Qué nombre tan hermoso y lleno de piedad!

De nuevo la luz del Espíritu Divino nos alumbrá, y hace discernir lo verdadero de lo falso, el bien del mal; y los mejores medios de llegar al cielo; y esa misma luz nos descubre las verdades sobrenaturales; y derrama, en fin, en nuestros corazones, un torrente de inefables y castísimas dulzuras.

¡Oh cuánto es lo que debemos al Espíritu Santo! Al pensar en sus hermosos y divinos dones, y en la admirable largueza con que los dispensa, se siente el alma llena de ternura, y quiere deshacerse en afectos de amor y gratitud, y exclama: ¿Qué le daré á mi amado y soberano Bienhechor por todos sus favores? (2) No tenemos sino un triste y miserable corazón; mas con todo es el único tesoro, si así puede llamarse, que poseemos. ¿No será del Espíritu Santo este tesoro; y mucho más cuando Él en su inefable y santísima bondad, nos dice así: Dame, oh hijo mio, tu corazón, y fija tus ojos en mis

[1] Ecci. XLII. 16. [2] Ps. CXV. 12.

santos caminos? [1] Sí, consagramos enteramente el corazón al Espíritu Divino: queremos cumplir sus santos mandamientos, seguir su inspiración, vivir para su gloria. Él es el Padre á quien amamos, Él es nuestra delicia. ¡Oh, qué no tengamos un corazón de ardiente y amoroso fuego, para estar continuamente abrasados en las llamas de su santa caridad! Mas ¿no sois Vos, oh Espíritu Sagrado, ardiente fuego, amor activo, abrasado y divino incendio? y ¿no sois el Padre de los pobres? pues ved que vuestros pobres hijos os piden llorando de ternura, vuestro santo amor, ardientes llamas, y la más tierna y dulce caridad, para poder amaros con todo el corazón y toda el alma, sin descanso, sin tibieza, y con eterno y celestial cariño; para llegar un día á contemplaros en el cielo.

CAPÍTULO XXII.

§ I.

FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO.

Huerto cerrado eres, hermana mia, esposa, huerto cerrado, fuente sellada: tus renuevos forman un verjel delicioso de granados, con frutos dulces como de manzanos: son cipros con nardos, nardo y azafran, caña aromática, y cinamomo, con todos los árboles odoríferos del Líbano, la mirra y el aloe con todos los aromas más exquisitos. [2]

¿Habeis oído en el fondo del alma, esa voz dulcísima y sentida? y ¿pudisteis contestar como la Esposa: Venga mi amado á su huerto, y coma del fruto de sus manzanos? (3) Si así fuere sois en verdad, muy felices: es vuestra dicha envidiable; pues ¿qué ventura pue-

(1) Prov. XXIII. 26. (2) Cant. IV, 12—14 (3) V, 1.